

Marianela

Golfín le acarició el rostro con su mano, tomándolo por la barba y abarcándolo casi todo entre sus gruesos dedos.

-¡Pobrecita! -exclamó-. Dios no ha sido generoso contigo. ¿Con quién vives?

-Con el señor Centeno, capataz de ganado en las minas.

-Me parece que tú no habrás nacido en la abundancia. ¿De quién eres hija?

-Dicen que mi madre vendía pimientos en el mercado de Villamojada. Era soltera. Me tuvo un día de Difuntos, y después se fue a criar a Madrid. -¡Vaya con la buena señora! -murmuró Teodoro con malicia-. Quizás no tenga nadie noticia de quién fue tu papá.

-Sí, señor -replicó la Nela con cierto orgullo-. Mi padre fue el primero que encendió las luces en Villamojada.



(...)

- Pero dime otra cosa. ¿Hace mucho tiempo que vives en las minas?

-Dicen que hace tres años. Dicen que mi madre me recogió después de la caída. Mi padre cayó enfermo, y como mi madre no le quiso asistir, porque era malo, él fue al hospital donde dicen que se murió. Entonces vino mi madre a trabajar a las minas. Dicen que un día la despidió el jefe porque había bebido mucho aguardiente...

-Y tu madre se fue... Vamos, ya me interesa esa señora. Se fue...

-Se fue a un agujero muy grande que hay allá arriba -dijo Nela, deteniéndose ante el doctor y dando a su voz el tono más patético- y se metió dentro.

-¡Canario! ¡Vaya un fin lamentable! Supongo que no habrá vuelto a salir.

-No, señor -replicó la Nela con naturalidad-. Allí dentro está.

-Después de esa catástrofe, pobre criatura -dijo Golfín con cariño-, has quedado trabajando aquí. Es un trabajo muy penoso el de la minería. Tú estás teñida del color del mineral; estás raquítica y mal alimentada. Esta vida destruye las naturalezas más robustas.

-No, señor, yo no trabajo. Dicen que yo no sirvo ni puedo servir para nada.

-Quita allá, tonta, tú eres una alhaja. [35]

-Que no señor -dijo Nela insistiendo con energía-. Si no puedo trabajar. En cuanto cargo un peso pequeño, me caigo al suelo. Si me pongo a hacer alguna cosa difícil en seguida me desmayo.

-Todo sea por Dios... Vamos, que si cayeras tú en manos de personas que te supieran manejar, ya trabajarías bien.

-No, señor -repitió la Nela con tanto énfasis como si se elogiara-; si yo no sirvo más que de estorbo.

(...)

-Dime ¿y a ti por qué te llaman la Nela? ¿Qué quiere decir eso?

La muchacha alzó los hombros. Después de una pausa, repuso:

-Mi madre se llamaba la señá María Canela; pero le decían Nela. Dicen que este es nombre de perra. Yo me llamo María.

-Mariquita.

-María Nela me llaman y también La Hija de la Canela. Unos me dicen Marianela, y otros nada más que la Nela.

Pérez Galdós, Benito: **Marianela**
Barcelona, Vicens Vives, 2003 (p.23-26)
Signatura de la Biblioteca: 860.3-PER-mar



Benito Pérez Galdós

Marianela (1878) es una novela llena de trágica ternura, que cuenta la historia de amor imposible entre Nela, una joven, huérfana, abandona por todos, pobre, fea y deforme; y Pablo, un muchacho guapo, rico, de buena familia, querido por todos, pero ciego. Él se enamora de su lazarilla Nela por su fantasía y puro corazón con el pensamiento de que ella es hermosa pero sin conocer su verdadera fisonomía. Ella, abandonada en un rincón de la casa de su familia adoptiva, sola, incapaz de ganar un jornal, sin pasad

do, sin porvenir, sin esperanza y sin derecho a nada más que al sustento, vive ilusionada con el juego de la seducción y con estas muestras de cariño, pero teme que en algún momento exista la posibilidad de que él recupere la vista y lo pierda todo.... Dicen que Galdós le tenía tanto cariño al personaje de Nela, que confesó ser su preferido de los más de siete mil que creó en sus obras.

" Hay una porción de dones más estimables que el de la hermosura, dones del alma que ni son ajados por el tiempo ni están sujetos al capricho de los ojos. Búscalos en tu alma, y los hallarás. No te pasará lo que con tu hermosura, que, por mucho que en el espejo la busques, no es fácil que la encuentres. Busca aquellos dones preciosos, cultívalos, y cuando los veas bien grandes y florecidos, no temas; ese afán que sientes se calmará". (Marianela C.19 Domesticación. Pg 206)

.Roxana: ¡Cuántas cosas muertas han renacido! Catorce años habéis enmudecido. Esta carta que en mi corazón fue una aleluya llevaba vuestro llanto.

Cyrano: [Le entrega la carta] Así es mi vida, he sido el inventor de todo y el que todo el mundo olvida. [Ella lo abraza] ¿Recordáis la noche en que Christian os hablaba bajo el balcón?... Pues bien, mi voluntad ha sido una esclava / mientras yo estaba abajo, / escondido entre la escoria, / otros subían a recoger el beso de la gloria...

Fragmento de **Cyrano de Bergerac**. (1897) de Edmond Rostand (escena final),



La "bella fealdad" es un tema muy literario que ha creado personajes inolvidables como el de **Marianela**.

Aquí te recordamos otros a los que merece la pena dedicarles un poco de nuestro tiempo.

"Sí, ella me esperaba, me esperaba muy erguida, viva. Y cuando avancé, más tímido que un niño pequeño, no escapó..., no, no..., se quedó..., me esperó...,creo que (...) como una novia viva..., que adelantó la frente un poco...y...y...yo la...besé...¡Yo..., yo..., yo...! ¡Y ella no murió...! Permaneció de forma completamente natural a mi lado, después de besarla así..., en la frente (...) qué bueno es besar a alguien...! Tú no lo puedes saber..., pero yo..., yo...Mi madre, mi pobre y miserable madre nunca quiso que yo la besara...Ella escapaba..., arrojándose mi máscara..., ninguna otra mujer..., nunca..., nunca...¡Ay, ay, ay...! Ante una felicidad como aquella lloré.



El fantasma de la ópera (1910) de Gastón Leroux.

-¡Agua! -repitió por tercera vez Quasimodo.

Entonces vio cómo se apartó el gentío. Una muchacha curiosamente ataviada salió de entre la gente.(...) El ojo de Quasimodo centelleó (...) Ella, sin decir una sola palabra, se aproximó al reo, que se retorció en vano para librarse de ella, y soltando una calabaza que a guisa de recipiente tenía atada a la cintura, la acercó muy despacio a los labios áridos del desdichado. Entonces, de aquel ojo tan seco y encendido hasta entonces, se vio desprenderse una lágrima que fue lentamente deslizándose por aquel rostro deforme y contraído hacia ya mucho rato por la desesperación.

Nuestra señora de París (1831) de Victor Hugo,

